PÁJAROS NEGROS

Crónicas del heavy metal chileno

Patricio Jara

GRUPO ZETA

Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Miami • Santiago de Chile

Con el tiempo me di cuenta de que podía hacer algo relacionado con la música: podía escribir sobre ella.

Robert Hilburn
Desayuno con John Lennon

En este siglo me parece que ya es muy difícil seguirles el rastro a las bandas; son tantas que en cada manzana hay una, alguien tocando la batería, una guitarra eléctrica, y son tantos los estilos. Es muy difícil hacer justicia, no está muy delimitado. Por eso a mí la crítica de rock o la crítica de música me da cierto escalofrío, porque creo que la música o el arte en general se tiene que juzgar después de mucho tiempo y no en el instante de la creación. Cuando sale un disco de un artista, el que lo pone y escucha 5 veces y hace una crítica no tiene el panorama exacto de a qué viene y de qué se trata ese disco. He tardado años en entender un disco; le doy vueltas y le busco la quinta pata al gato hasta que me cierra el concepto o no me cierra. Hay que analizar a la banda cuando ya no toca más, con la banda grabando discos y tocando es muy difícil tener una visión de lo que va a dejar esa banda en la cultura.

Bebe Contepomi
Por la vereda del rock

No alcanzaron a tocar dos temas y los bañaron en pollos.

Death Metal Holocaust IV, 1988
(Comentario del concierto)

1987: UNA PRESENTACIÓN

La primera polera de rock que tuve fue una de Slayer. Tenía trece años y la usé hasta que se gastó, hasta que la tela negra se fue haciendo gris, luego transparente y el estampado terminó convertido en una mancha borrosa.

No tengo cómo demostrar lo que digo. No conservo fotos de aquellos años, pero cualquiera que haya tenido una camiseta de su banda favorita conoce las condiciones en que acaban, como también podría entender la disyuntiva de un chico de octavo básico frente a la vitrina de la tienda: si elegir entre una de Slayer o una de Iron Maiden.

Una banda me había llevado a la otra, claramente; una banda siempre fue, ha sido y será muy distinta de la otra, pero Iron Maiden en ese tiempo gozaba, digamos, de aceptación social, sus casetes y vinilos se vendían en el mercado establecido, en cambio Slayer, que tenía un aura harto más peligrosa y sus discos llegaban casi por encargo, me impactaba más.

Mi polera era alusiva al Reign in Pain, el tour promocional del álbum *Reign in Blood* (Def Jam, 1986). Creo que nunca he escuchado tanto un casete como aquel TDK D60 donde tenía grabado ese disco. En el lado A estaba escrita la palabra *Slayer* con un plumón negro. En el otro no había nada, de modo que cada vez que terminaba esa maravilla de 29 minutos pacientemente debía rebobinarlo.

Por supuesto que hoy tampoco conservo aquel casete; y en cuanto a la polera, he rastreado algunos sitios *vintage* de Internet donde la ofrecen a precio no tan excesivo como podría imaginarse.[1]

Pero no. No me animo.

[1] El impreso es el dibujo, bastante rústico, de una tumba abierta y su lápida adornada con el clásico *RIP*. Al fondo está el logo de la banda. Con el tiempo sabría que fue el mismo diseño de carátula del single *Postmortem*, editado como 12" en Europa a fines de 1986.

Es bueno dejar ciertos recuerdos como están.

No siempre sirve recobrar el pasado.

Menos cuando se trata de una polera de Slayer.

En cambio, a lo que sí regreso constantemente es a la música. Luego de aquel casete TDK pude tener el *Reign in Blood* en vinilo, pero no duró mucho: un mal día una chica, una noviecilla, me lo rompió en tres partes a modo de represalia durante una discusión de la que no logro recordar el motivo. Curiosamente, desde entonces hubo de pasar mucho tiempo para que volviera a tener una copia. Es raro: en el camino me había llenado de discos de toda clase de bandas, pero el más importante no lo tenía.

Podría inventar explicaciones de toda naturaleza, pero no serían tan significativas como la vez que volví a escucharlo completo, casi diez años después.

Slayer.

Angel of Death.

Monarch to the Kingdom of the Dead.

A quienes tuvimos nuestros años formativos en la segunda mitad de los ochenta nos costó sacar el habla luego de oír, a poco de editado, el que sería uno de los mejores álbumes de thrash metal de todos los tiempos. Tan alabado, tan versionado (hasta Tori Amos) y, al final, tan estudiado que se han escrito libros, como el del periodista D.X. Ferris para la serie *33 1/3* (Continuum Books, 2008), dedicados exclusivamente a contar su proceso creativo y de grabación. En este caso, son exactamente 148 páginas en las que, si antes de leer ya te gustaba el disco, ahora no hay modo de que no te guste un poco más. Digamos que el libro de Ferris es una guía para escucharlo mejor, para valorarlo a cabalidad cuando te enteras de que las guitarras siempre fueron grabadas después de las diez de la noche; que Tom Araya odiaba el comienzo de "Raining Blood", pues en el demo los bombos del inicio le daban la impresión de que alguien estuviera golpeando una puerta y hacían chistes con eso; que el grito que abre "Angel of Death" se decidió incorporarlo al final, cuando

estaba todo hecho, y salió en la segunda toma (Jeff Hanneman y el productor Rick Rubin estuvieron varios días con la sensación de que al tema le faltaba algo al comienzo); que Rubin ponía al lado de la batería de Dave Lombardo un balde con botellas de Gatorade y dulces para que no desfalleciera; que Hanneman discutía con Rubin sobre el uso de *reverb* y Rubin le demostró lo mal que hacía (partiendo por *Hell Awaits*, el disco anterior) poniendo tiras de papel a un amplificador y fijándose cómo viajaba el sonido con o sin *reverb*; que mientras un miembro de la banda grababa, los otros jugaban Galaga; y que cuando vieron que el disco completo duraba apenas 29 minutos, se asustaron y preguntaron si no necesitaban grabar algunos otros temas, pero luego se dieron cuenta de que *no había* más temas.

En 1986, con su tercer álbum de estudio, la historia de Slayer apenas si comenzaba. Desde ese momento han editado casi una decena de nuevos discos. Al menos cuatro, según diversos rankings y encuestas, son elementales en el desarrollo del metal. Para entonces, también, mis gustos musicales empezaban lentamente a definirse, y si luego puse atención a otros sonidos y a otros estilos, me entusiasmé con muchas bandas y terminé hastiado de otras, en estos más de veinticinco años que han pasado, la experiencia de escuchar el *Reign in Blood* a los trece aún mantiene un aire fundacional.

Estas son las últimas páginas que escribo de *Pájaros negros*. Y son, por lo tanto, las más difíciles. Para darme valor, reviso el DVD *Still Reigning* que Slayer grabó en Augusta, Maine, el 11 de julio de 2004. Allí tocan de punta a cabo el disco del que he estado hablando. Al final, doscientos galones de sangre falsa caen sobre la banda a modo de lluvia. Llueve sangre sobre el escenario y los músicos, empapados, arremeten con "Raining Blood".

Es la ilusión, el acto final. Nadie necesita que esa sangre sea real para que sepamos que en vivo Slayer es de verdad.[2]

[2] Slayer tocó por primera vez en Halloween de 1981, aunque su actuación más recordada fue en el South Gate Highschool (LA), el 25 de marzo de 1982, a la hora de almuerzo.

Con ese ímpetu viene este libro. Es una serie de textos nacidos del entusiasmo; y aunque todo entusiasmo es personal, intransferible, en determinadas circunstancias puede ser contagioso. De manera que lo siguiente no es sino un intento por acercarse y profundizar en algunos aspectos relevantes de la escena heavy metal chilena. No están todos los temas ni menos todos los personajes, pero sí aquellos cuyas historias, tengo la certeza, pocas veces hemos tenido la oportunidad de conocer en detalle.

De allí, entonces, la decisión de explorar, además del ensayo inicial que da título al libro, en tres aspectos básicos de cualquier escena: la banda (en este caso una que, con tres discos de estudio a la fecha, ha vivido todo lo que puede vivir un grupo nacional); el sonido (a través de la experiencia de dos actores fundamentales a la hora de la verdad dentro del estudio de grabación) y la revista (con la historia de la que muchos consideramos la mejor de todos los tiempos).

Luego viene una selección de aquellas diez producciones nacionales, entre demos y álbumes, que me parecen relevantes dentro de lo que ha sido el panorama desde 1987. Más que juicios, lo que hay son referencias, descripciones y, muy importante, los propios músicos recordando su experiencia en el estudio.

Durante los cinco años que escribí regularmente para la edición chilena de *Rolling Stone* una de mis ocupaciones habituales fueron los conciertos de heavy metal que había en Santiago. Fue una apuesta a largo plazo apoyada por el editor Federico Willoughby: darle al estilo musical la misma importancia que podrían tener otros; y así también fue como nos preocupamos de llevar aquello que objetivamente constituyera un aporte. Por esa razón he decidido incluir una parte de ese material, publicado, en más de un caso, con un despliegue de privilegio.[3]

Una experiencia similar he vivido estos últimos años escribien-

[3] Nunca creí que *Rolling Stone* pudiera llevar a página completa, con gran foto color, el comentario del primer show de Brujería en Chile.

do para la revista *Qué Pasa*, cuyos editores siempre se han mostrado entusiastas para cubrir ciertos temas vinculados con el rock, en la medida en que asumen que se trata de un *fenómeno* (¿es, a estas alturas, la palabra adecuada?) que cruza transversalmente la sociedad chilena.[4]

No, nunca pensé escribir allí sobre Metallica ni Ozzy Osbourne, ni menos que me devolvieran los textos pidiéndome ponerle más, que no me guardara nada y, como en una oportunidad me dijo Yenny Cáceres, la editora de cultura de QP (porque todo esto va siempre en cultura, o en los posteos del comienzo), "no digas *rock duro* cuando debes decir *heavy metal*".

Tampoco, la verdad, imaginé hacer alguna vez este libro. Pese a las arengas (generalmente al trasnoche) de amigos como Álvaro Bisama, Mike Wilson, Charly Baeza y Francisco Ortega, uno nunca siente que está preparado. Como muchos, tengo la sensación de que no he escuchado toda la música que querría ni he asistido a todos los conciertos a los que debí asistir. Pudo, sin embargo, el empujón final de Andrea Palet luego de despejar el camino y convencer a las personas indicadas en Ediciones B.

(Aunque debo admitir que las veces que conversamos antes de ponerme a trabajar fue para decidir de lo que *no* trataría este libro).

Finalmente, el aporte generoso de dos músicos invitados, autores a quieres admiro y conozco hace tanto tiempo: el propio Álvaro Bisama y sus reflexiones sobre *El espanto surge de la tumba*, de Dorso, escritas especialmente para este libro, y Alberto Fuguet, quien hizo la primera entrevista en extenso a Tom Araya para un medio chileno, en 1988.

[4] A decir verdad, la primera persona que me hizo *pensar* en todo esto fue Elena Irarrázabal, editora del cuerpo Artes y Letras de *El Mercurio*, quien me aceptó una propuesta de artículo rechazada a balazos en otros suplementos de ese diario. El texto, titulado "Iron Maiden. Rock de pantalones largos", montado a página completa, con fotos y un recuadro disco a disco, apareció el 2 de marzo de 2008, una semana antes del show en la pista atlética del Estadio Nacional. "Explica por qué Iron Maiden es tan grande", me dijo Elena, y estuve una semana tratando de responder eso en 800 palabras.

Eso es lo que trae *Pájaros negros*. Más que datos de almanaque o listados de anuario, a este libro lo cruzan reflexiones, puntos de vista, convicciones, dudas, recuerdos, vacilaciones, arremetidas y defensas en torno a una música que, si bien nunca ha sido santa, siempre conlleva una cuota de inocencia y de juego, la suficiente para despertar lealtades y fervores como los que solo provoca ese gran disco que escuchaste por primera vez y del que un día quisiste tener una polera.

P. J.
Abril de 2012

1
PÁJAROS NEGROS

Puras cosas positivas
Don Francisco

1

Morbid Angel por quinta vez en Chile. Viene en la gira sudamericana de *Illud Divinum Insanus* (Season of Mist, 2011), su nuevo álbum luego de ocho años de silencio creativo. La espera, sin embargo, ha sido proporcional a la controversia. Lo nuevo de Morbid Angel no es exactamente lo que todos sus fans querían escuchar. Han grabado un disco que supera las fronteras del death metal tradicional que ellos mismos instauraron. Ahora hay secuencias, sonidos tecno-industriales y otra clase de efectos.

Es lamentable, pero es verdad: muchas veces los fanáticos se comportan como partido político, como secta, como congregación, estipulando qué se debe hacer y qué no. Hay bandas que entran bien en el juego y pueden estar diez años haciendo exactamente lo mismo, dándoles el mismo maíz a las mismas gallinas.

En la víspera, subrayo una frase de la novela *El mapa y el territorio,* de Michel Houellebecq, que calza perfecto: "En literatura, en música, es totalmente imposible cambiar de rumbo, te lincharían, te lo aseguro. Por otro lado, si haces siempre lo mismo te acusan de repetirte y de estar en declive, pero si cambias te acusan de ser un entrometido incoherente".

Por eso me agrada el paso que ha dado Morbid Angel, y más me agrada que sea *precisamente* Morbid Angel, la banda rectora, intocable, influyente y siempre perfecta (tendré la oportunidad de decírselo a Trey Azagthoth, su fundador, al final del show, aunque los discos que llevo para que me firme son los clásicos, los dos primeros).

En cualquier caso, las casi mil personas que han venido esta noche de septiembre al Teatro Teletón saben que en vivo las cosas cambian y que al menos en este recinto, a diferencia de su presentación anterior en el Estadio Víctor Jara, habrá mejor sonido y no será necesario taparse los oídos para distinguir los temas.

Se diría que es una de las veces en que Morbid Angel ha sonado mejor, tanto que el público se muestra más dispuesto a escuchar que a azotarse. Y, por bien que se trate de un estilo poco propicio para los *stagedivings* y para los remolinos de *mosh*, no deja de ocurrir algo que solo pasa en esta parte de Sudamérica: los asistentes corean el nombre de la banda como en un estadio de fútbol.

No hay otro lugar en el planeta donde, mientras un grupo toca al hilo tres temas llamados "Angel of Disease", "Lord of All Fevers & Plague" y "Chapel of Ghouls", el público haga coros como cantos de barra brava; o bien cuando el vocalista brama "*Dead, your god is dead! Fools, your god is dead! Useless prayers of lies! Behold Satan's rise!",* la gente encienda bengalas y abra los extintores de seguridad.

El encargado del show es Jorge Hurtado, dueño de Chárgola Producciones. Y aunque Morbid Angel no es de sus bandas favoritas, sabe que en Chile los norteamericanos tienen un público fiel. Lleva varios meses trabajando en este espectáculo. Se lo adjudicó a través de una agencia mexicana que coordinaba la gira. Tuvo que hacer una oferta que los músicos aceptaron no sin antes averiguar con qué bandas había trabajado. Entre medio otras productoras nacionales intentaron levantarle el show con mejores propuestas, pero Morbid Angel se mantuvo con él. Eso sí, el productor quedó obligado a depositar el ciento por ciento de los honorarios antes de que los músicos llegasen a Santiago. Así ocurre en la mayoría de los contratos que se firman en Sudamérica.

"Es el miedo a que los dejen botados, y que acá es mayor que en otras partes", dice Hurtado a una semana del concierto. Hablamos en los camarines del club Rock & Guitarras. Hoy tiene a cargo un show de Los Jaivas en conmemoración de *Alturas de Machu Picchu*.

"Lamentablemente el mercado de los conciertos de rock está lleno de gente turbia, por eso si llega alguien medianamente responsable se valora. A la hora de producir, más que la plata vale la palabra y la confianza".

No hablamos de cifras, pero con ochocientas personas Hurtado habrá salvado la inversión. Los 20 mil pesos del precio de la entrada están dentro del promedio, aunque no dejan de provocar reclamos en los foros virtuales. "La gente no sabe cuánto vale la banda, no recuerda que los músicos comen, duermen, viajan en avión y vienen con su equipo técnico, que en este caso suman siete personas. Morbid Angel llegará el miércoles a las cuatro y media de la mañana, tocará el jueves en la noche y se irá el viernes en la tarde. Tampoco tienen idea de la cantidad de impuestos que se pagan", explica el productor, quien además del arriendo del local debe contratar un servicio de guardias de seguridad proporcional al público estimado y conseguir los permisos de rigor.

En cada concierto su staff no baja de las diez personas, pero al final Hurtado termina haciendo de todo. El show de Morbid Angel recién había comenzado y él estaba en la puerta del Teletón lidiando con un grupo de veinte fanáticos que quería entrar a la fuerza. Los tipos empujaban una reja e insultaban a los guardias de un modo cuando menos singular, pero *ad hoc* a la clase de concierto:

"¡Cristianos culeados!", gritaban.

Chárgola Producciones no es el principal negocio de Hurtado. Tiene una empresa en el rubro de la construcción y le va bastante bien, pero como escucha heavy metal desde niño se entusiasmó por sacar adelante esta productora especializada, aunque arriesgue cifras rojas. Comenzó haciendo *Fatal predictions*, la primera revista *underground* chilena que tuvo portada impresa en color. Aquello fue en agosto de 1989. Imprimió quinientos ejemplares y vendió doscientos en un fin de semana. Un éxito. En ese tiempo iba a todos los conciertos que hubiera en Santiago y así, poco a poco, fue acercándose a las bandas locales. Fue mánager y guardia. Pero entonces nació su hijo y se tomó un receso de diez años.

"Mi idea siempre fue trabajar con el metal nacional. Darle calidad y *glamour*, si se puede. No tenemos por qué ser los mismos cumas ni flaites de siempre. El metal tiene onda. Hay gente muy inteligente, hay médicos, ingenieros, arquitectos. No éramos la lacra que se creía al comienzo. No somos algo, somos *álguienes*. Vamos al costado del mundo, pero decentes", dice Hurtado, que dio su primer gran paso cuando en junio de 2009 organizó la Cumbre del Metal Chileno en el Teatro Caupolicán, la que, como pocas veces para un cartel exclusivamente local, convocó a cerca de tres mil personas.

Un año antes había traído a Chile a Joe Belladona, quien por esos días impulsaba su proyecto solista luego de su alejamiento momentáneo de Anthrax. Aquel show, de bajo perfil pero de producción impecable, fue en julio de 2008 en la entonces Rockola. No asistió una multitud pero tuvo una intensidad única. El comentario que hice para *Rolling Stone* se tituló "Casa de locos" y tuvo cuatro de cinco estrellas.

"Cuando fuimos a buscar a Belladona al aeropuerto yo estaba tan nervioso como cualquier fan", recuerda. "Creo que trabajé media hora como productor y el resto del tiempo como un fanático más. Belladona es un tipo al que le tengo una tremenda admiración. Y si alguna vez tengo que traer a una banda por gusto personal más que por el negocio, lo voy a hacer".

Le creo a Hurtado. De hecho, una vez terminado el show de Morbid Angel se mimetiza entre los fanáticos y técnicos que hay a un costado del escenario. Allí está David Vincent, el *frontman* de la banda, que firma pacientemente desde *booklets* de discos hasta poleras y guitarras. A metros de allí, en la entrada del camarín, Trey Azagthoth agradece el saludo de quienes notan su presencia y se le acercan tímidamente. Azagthoth, que en realidad se llama George Emmanuel y hace rato pasó los cuarenta años, fundó Morbid Angel en 1984 y probablemente sea uno de los mejores guitarristas y compositores del género en el mundo, acaso el más respetado, junto al fallecido Chuck Schuldiner, por llevar el death

metal a niveles de complejidad técnica superlativos. Aquí, en Santiago de Chile, el gran Trey accede a tomarse fotografías y luego se despide llevando sus manos al pecho a modo de reverencia, agradeciéndonos por haber venido al show de dieciocho canciones que acaba de ofrecer.

2

Hace tiempo que en Chile el heavy metal dejó de ser un producto condenado a galpones, sedes vecinales o multicanchas iluminadas con ampolletas. La profesionalización del *underground* local es evidente y va de la mano con la estabilidad económica que diversifica el acceso a la entretención; hay un público cautivo con recursos, y cuando no, accede a los beneficios del mercado a través de las tarjetas de multitienda: pague en tres cuotas el derecho de hacer *mosh* con la banda de su vida.

"La gente incorporó los conciertos de este tipo como un hábito de su tiempo libre, como ir al cine o al estadio", dice Carlos Costas, director de radio Futuro, la única que transmitió en directo los shows que Iron Maiden dio en Santiago en 2008 (a través de su señal de antena) y 2009 (que sumó la web). Aquello no fue un capricho, sino la certeza de que a lo largo de Chile había miles de fanáticos que esperaban con ansia esos dos conciertos.

A diferencia de lo que ocurre en otros países latinoamericanos, los productores chilenos tienen buena fama en el extranjero, y no es raro que deban ir al rescate de bandas que han terminado varadas en medio del tour. "Aquí, apenas salen del aeropuerto quedan sorprendidos por las carreteras amplias, y luego se van conformes por la calidad de los locales y del sonido. Siempre resaltan el trato amable, educado, y la comida", agrega un productor.

Además, las aguas están más tranquilas que en años anteriores.

Qué duda cabe. La gente se espanta cada vez menos con la tribu de negro. Hace rato que los conciertos no son tema de las páginas policiales. La última controversia fue la que en 2006 originó el show de los norteamericanos Deicide, banda que logró notoriedad extramusical por ser una de las favoritas de Rodrigo Orias.[5] Muchos consideraron ofensivo el afiche que los promocionaba en Santiago y Valparaíso: un cristo con un agujero de bala en la frente. Pero aquella noche no pasó nada. Quinientas personas y ni un lío en el Teatro Novedades. Tras el show, Glen Benton, su líder, firmó discos, se sacó fotos y bebió alegremente algunas latas de Brahma.

"Qué me dices de lo que pasó en la catedral", le pregunté en esa ocasión.

"Nada, amigo. Nosotros hacemos nuestro trabajo: vinimos y dimos un buen show, la gente que pagó su entrada se fue contenta, y los que no, también".

3

Hace veinte años, alguien con una polera de Napalm Death no pasaba inadvertido; a cualquiera le despertaba curiosidad la tipografía de su logo y la ilustración estampada. Pero ahora hay tantas camisetas y tantas bandas y tantos lugares donde las venden, y tanta gente que las usa, que se han vuelto habituales y, por lo mismo, inofensivas.

Las comunidades demuestran cuánto han evolucionado a medida que pierden el miedo a manifestaciones culturales margina-

[5] El 24 de julio de 2004, Orias (25) asesinó al sacerdote Faustino Gazziero en la catedral de Santiago. Al terminar la misa de esa tarde, se acercó al altar y le enterró un cuchillo en la garganta. Los testigos dicen que gritó "¡Por Satán!". Luego se infirió algunos cortes, sin embargo sobrevivió y, tras una temporada internado en el psiquiátrico de Putaendo, recobró la libertad y regresó a Coyhaique, su ciudad natal.

les, la mayor parte de las veces surgidas desde su propio centro. Son expresiones –son estéticas– que, al final, para conseguir cierta visibilidad deben recorrer un camino largo y accidentado. En el caso específico del heavy metal chileno se trata de una escena que se desarrolla a partir de los primeros años de la década de los ochenta, en pleno gobierno de Pinochet.

"Se suele aludir al contexto de dictadura como el periodo del 'apagón cultural', pero yo tengo otra tesis y me sumo a la de varios más que piensan lo contrario", precisa el antropólogo Christian Castro Bekios, a quien recurro no solo por su experticia en el tema –que ha estudiado como parte de su trabajo profesional–, también porque fuimos compañeros de colegio desde primero básico y comenzamos a escuchar esta música del demonio al mismo tiempo, hicimos revistas en fotocopias y organizamos los primeros recitales que hubo en el norte del país. Christian tiene la tesis de que justamente la época del "apagón cultural" hizo posible que surgiera un semillero de iniciativas que, ante la escasez, solo podían subsistir mediante la creatividad y el desarrollo de redes de amistad y contactos.

"Este 'apagón cultural' debe ser considerado entre comillas, pues entonces emergieron creaciones significativas dentro del campo de la música y el arte como espacios de participación donde no los había", recuerda. "Si bien no fueron expresiones masivas y se reducían a sectores que podemos englobar dentro del *underground*, sin querer (o queriendo) encajaron en un momento preciso de la historia chilena. La gente involucrada en la escena metalera, y en particular de tendencias como el thrash, manifestaban un nivel de compromiso vital con sus expresiones, objetaban a los intermediarios de agentes externos y resguardaban celosamente cierta ética respecto del lucro como objetivo final".

Seguramente habrá otras, pero a la hora de ordenar los papeles, bien podemos encontrar algunas características determinantes en el nacimiento de la escena nacional:

1) Surgió de preferencia en el sector oriente de Santiago, donde

había pequeñas disquerías especializadas, alejadas del foco de interés popular.

2) Ese público tan exclusivo constituyó –acaso sin proponérselo– un sustrato *underground* como los que ha tenido la corriente en todas partes del mundo. Pero no era marginal sino focalizado, al menos en el comienzo, en comunas como Providencia, Las Condes, Vitacura y Ñuñoa.

3) Con los medios de comunicación concentrados en fenómenos como el rock latino, el *underground* logró hacerse fuerte sin necesitarlos. Y cuando lo descubrieron (primero con las "peleas con los coreanos", que no dejó de ser un hecho puntual con harto de mito urbano; una riña entre dos grupos de chicos del barrio alto que se prolongó por algunas semanas sin que nadie hoy recuerde claramente las razones; y luego con la visita de la banda Necrosis a *Sábados Gigantes*), la burla flagrante, como veremos, no logró alterar el curso de las cosas.

4) La indiferencia ante las caricaturas y los clichés generados por el desconocimiento, como la impostura ruda y gutural. No por nada los medios convencionales (varios hasta hoy) llaman *trash* (basura) a lo que es *thrash* (machacar).[6]

En su esencia, el metal superó la moda al hacerse de un imaginario que logra renovarse constantemente, recogiendo información del contexto y devolviéndola convertida en algo parecido a una cultura; ofrece una manera de mirar el mundo que podrá evolucionar en su forma, pero no en su fondo. De allí, entonces, que más que *movimiento* el término adecuado sea *escena*. En la mirada del sociólogo Keith Kahn-Harris, autor del ensayo *Extreme Metal. Music and Culture on the Edge* (Berg Publishers, 2006), se reconoce "la presencia del contexto local" y una gran cantidad de "información semiótica" que hace posible la familiaridad entre los individuos que la componen, sin ser necesariamente una tribu organizada de manera formal.

[6] El concepto de *thrash metal* es reconocido y definido hasta por los diccionarios en línea de la Universidad de Cambridge.

Es llamativo advertir, sin embargo, que el instante en que la escena metal chilena logró mayor notoriedad fue también el de su mayor frustración: el sabotaje de la Iglesia Católica al show que Iron Maiden daría en Santiago en 1992 por considerar que era una influencia satánica, nefasta para la juventud. Pero los curas no estuvieron solos: contaron con el respaldo del gobierno de Patricio Aylwin a través de sus asesores en temas religiosos, quienes se encargaron de alertar a todo el mundo de la venida del Anticristo nada menos que a la Estación Mapocho.

Este acontecimiento, más allá del bochorno medieval, estrechó la relación de la banda con el público chileno, pues luego del show inaugural (en 1996 con Blaze Bayley) las presentaciones de Maiden fueron cada vez más concurridas, como las 30 mil personas reunidas en 2001 y 2008, o bien el cierre del interminable "Somewhere Back in Time World Tour", cuando los ingleses llevaron 55 mil fanáticos al Club Hípico. Una cifra similar lograrían en 2011, esta vez en la cancha del Estadio Nacional, con la gira del disco *The Final Frontier.* Para entonces, la misma prensa que en 1992 azuzó el escándalo esta vez se sumaba como entusiasta patrocinadora del concierto y publicaba largas notas en la sección de espectáculos, o hacía despachos en vivo de radio y televisión, como si se tratara de Rod Stewart.

Pero evidentemente que no es solo por la masividad que se define una escena. Me detengo en el análisis que hace la antropóloga social Sara Cohen en su investigación *Rock Culture in Liverpool* (Oxford University Press, 1991), cuando precisa que toda escena se construye desde una *performance*, pero no requiere que esta sea pública ni exclusiva, o restringida a un espacio determinado. Es decir, el metal podría existir cien años sin necesidad de que el *mainstream* se entere. Y luego pienso en *Fragmentos de un cuaderno manchado con vino,* de Bukowski (Anagrama, 2009) y lo que anota a propósito de los miembros de la escena cultural de Los Angeles:

"Y cuando se vayan", dice, "vendrán otros".[7]

Por eso no olvido ese invierno fatal cuando a Iron Maiden se le impidió presentarse en Chile: viajé 1.300 kilómetros desde Antofagasta a Santiago para un concierto que no se hizo; junté cada chaucha para ese pasaje y para la entrada; falté a clases en la universidad, dormí en un terminal de buses y regresé derrotado, seco, como los cientos de lápices Bic que cuando niños muchos gastamos intentando dibujar en los cuadernos las carátulas de sus discos.[8]

Somos muchos, decía, los que siempre recordaremos lo que pasó esa vez con Iron Maiden. Tantos como los que de pronto nos encontramos dando explicaciones de por qué nos gusta el metal a gente que nunca le gustará el metal.

Después de Brasil (que tuvo al Rock in Río de 1985 como principal detonante para la propagación del género), somos la me-

[7] La *Enciclopaedia Metallum* es un proyecto que desde 2002 busca construir la base de datos más grande del heavy metal en el mundo. Fue creada en Montreal, Canadá, por dos especialistas en el género que se hacen llamar Hell Blazer y Morrigan. Su trabajo, abiertamente colaborativo, ha sido celebrado por revistas como *Terrorizer* (Inglaterra), uno de los principales referentes de la prensa especializada. Según su registro, en el planeta, hasta enero de 2012, existen 12.684 bandas de heavy metal tradicional; 18.863 bandas de thrash metal; 28.835 de death metal, 20.572 de black metal. Hay, además, 1.347 sellos discográficos especializados en al menos uno de estos estilos. En Chile, se registra a 1.166 bandas; en Argentina, 1.300; en Perú, 291; en Bolivia, 138. De Estados Unidos se almacenan datos correspondientes a 17.034 grupos. El detalle de estas cifras está disponible en *www.metal-archives.com*.

[8] Aunque las cosas siempre pueden ser peores. Como en Egipto, cuando en 1997 un grupo de chicos fue apresado y juzgado por las leyes contra la blasfemia una vez que la policía allanó sus casas y encontró algunos discos de heavy metal. O bien en Inglaterra, seis años antes: una decena de policías llegó a las oficinas del sello Earache Records, probablemente uno de los más influyentes del mundo en el género, y se llevó decenas de vinilos, compactos y hasta un póster de Alice Cooper como evidencia de que su fundador, Digby Pearson, producía, almacenaba y distribuía material "ofensivo". La investigación duró nueve meses hasta concluir sin culpables ni consecuencias para el sello. En cualquier caso, precisa Albert Mudrian en su crónica *Choosing Death. The Improbable History of Death Metal & Grindcore* (Feral House, 2004), el sello Earache fue el primer registrado en el Acta de Publicaciones Obscenas, ley creada para "prevenir la venta de material catalogado como *corrupto* o *depravado"*. Ese mismo año, la aduana inglesa quiso impedir, sin éxito, que un distribuidor ingresara al país *Like an Ever Flowing Stream*, el primer álbum de los suecos Dismember, editado por el sello alemán Nuclear Blast. Los oficiales habían leído la letra de una canción y la acusaron de "indecente y obscena". La noticia fue cubierta por toda la prensa especializada, incluyendo el prestigioso semanario *New Musical Express*. Dos años más tarde, Dismember editó su segundo álbum. Se llamó, precisamente, *Indecent & Obscene*.

jor plaza sudamericana para el rock duro; y para uno bastante más duro que Metallica. Cada año nos visita al menos una decena de bandas de renombre dentro del *underground* mundial. Es decir, grupos que no aparecerán jamás en los diarios ni los tocarán en las radios, pero que son capaces de llenar el Teatro Caupolicán o el Novedades. Mil o dos mil personas, por lo menos, son la muestra de que hay otras aguas pasando bajo el puente.

Tal como ha ocurrido en distintas partes del mundo tras la irrupción de bandas clásicas como Cream, Led Zeppelin, Deep Purple y Black Sabbath, las que desde la segunda parte de los sesenta formaron entre todas un magma sonoro del que terminó desprendiéndose el heavy metal, en Chile existe una tradición de casi treinta años. Hay al menos tres generaciones y una memoria colectiva formada desde 1987 en adelante, cuando se organizaron los primeros conciertos masivos.[9]

A diferencia de Argentina, donde hay mayor sensibilidad por el rock and roll de corte clásico, a los chilenos nos viene bien el fuerte sentido de la estructura y la disciplina que hay en el heavy metal. Los chilenos fanáticos, a diferencia de otras modas, son cada vez más fanáticos con el paso del tiempo. Y aunque haya muchos cuarentones y cincuentones que no se atrevan a decir públicamente que cuando jóvenes escuchaban a Kiss o que tuvieron poleras de Ozzy, existe un enorme grupo de ciudadanos que no necesita anunciar con vestimentas ni con el largo del pelo que lo suyo son los sonidos más duros.

No se olvidan tan fácilmente ciertas canciones.

Se podrá caer el pelo, pero no los discos de la repisa.

Durante años fue tan fácil hacer caricaturas, tan común hacer chistes sobre "el metalero del curso", sobre "el chascón de la cuadra", que debió llenarse el Club Hípico o la pista atlética del Estadio Nacional para que la atención fuese más en serio. Hoy, escuchar a Metallica o ir a un concierto de los suecos Entombed,

[9] Masivo = mil personas.

que cuando mucho llevan cuatrocientas personas al bar Rock & Guitarras, es cualquier cosa menos un signo de disfuncionalidad, como antiguamente se decía de quien usaba camisetas negras estampadas. Lo disfuncional es que te guste *toda* la música y no pase nada, que no sientas nada.

Conozco a varios hombres de bien, ciudadanos relativamente ejemplares para quienes esto de ir a un megaconcierto de rock es un asunto de fidelidad inquebrantable. Porque si la música no es nada más ni nada menos que una señal de identidad, bravo por esos adolescentes que alguna vez necesitaron un poco de metal como quien usó crema para las espinillas, pero mejor por los que lo eligieron y lo han conservado para toda la vida. Ellos saben que ver en la calle a una chiquilla con una camiseta de Venom es tener la seguridad de que no aceptará dulces de extraños.

El punto de inflexión en Chile, piensan algunos, llegó el día en que Necrosis, entonces una de las bandas más populares del país, se presentó en vivo en *Sábados Gigantes*. Como era de esperar, Don Francisco se dio un festín haciendo toda clase de mofas, tan propias de una intolerancia furtiva, a propósito del estilo de la banda.

De aquella tarde de 1988 solo quedaron las muecas del animador y los músicos nacionales pagando por su ingenuidad. Poco y nada se dijo de esos chicos que serían la primera banda chilena en su género en publicar un álbum –con un sello brasileño– y la primera en tocar fuera del país. Lo que permanece es la más grande burla hecha a un invitado en un programa de televisión. Sin embargo, dos décadas después, Necrosis todavía existe y graba discos. Levante la mano quien sepa a qué hora transmiten *Sábados Gigantes*.

Hoy las cosas están mejor. En más de un sentido. Los viejos y mañosos reporteros de espectáculos, los mismos que en el Festival de Viña de 1991, en vez de preguntar y aprender, preferían decir "Please No More", fueron sacados a patadas por las nuevas generaciones de periodistas que saben, que leen.

Cualquiera que hoy use esos enormes lentes *hipster* o peinado chocopandero en la próxima década podrá arrepentirse.

Alguien que tenga una polera de Napalm Death, nunca.